

PARTE SEGUNDA.

ELOCUENCIA, Y DEMAS GÉNEROS EN PROSA.

CAPITULO PRIMERO.

De la naturaleza de la elocuencia.

Es necesario fijar desde luego la verdadera idea de la elocuencia; porque habiendo prevalecido acerca de ella opiniones falsísimas, se ha visto varias veces y aun hoy día se ve desacreditada por muchos. La mejor definición, que á mi parecer puede darse de la elocuencia, es: «el arte de hablar de manera, que se consiga el fin para que se habla.» En este concepto tiene lugar en cualquiera materia; en la historia, y aun en la filosofía, como en las oraciones. Así la definición dada comprende todos sus géneros; sea que la elocuencia se emplee para persuadir, ó para instruir, ó para agradar. Pero como el objeto mas importante del discurso es la acción, ó la conducta; el poder de la elocuencia se ve principalmente, cuando se emplea para influir en la conducta, ó para persuadir á la acción; y siendo este fin el objeto principal del arte, la elocuencia bajo este punto de vista se puede definir, «el arte de la persuasión.»

Establecido esto se infiere claramente, que para persuadir los requisitos mas esenciales

son pruebas sólidas, método claro, y un carácter de probidad reconocida en el orador; junto con las gracias del estilo y de la expresión, que esciten nuestra atención á lo que se dice. Para persuadir á un hombre es preciso convencerle; y esto solo puede conseguirse dándole á entender que es muy útil lo que se le propone.

Pero convencer y persuadir son cosas diferentes. La convicción es relativa solamente al entendimiento; la persuasión á la voluntad y á la práctica. Es oficio del filósofo convencer de la verdad; y es oficio del orador, persuadirnos á obrar conforme á ella. La convicción debiera ir acompañada de la persuasión; é iria tambien, si nuestras inclinaciones siguieran constantemente el dictámen del entendimiento. Pero á veces se opone á ello el mecanismo de nuestra naturaleza, ó el poder de las pasiones. Como quiera, la convicción facilita siempre la inclinación del corazón: y la persuasión no puede regularmente ser durable, sino ya cimentada en ella. Mas para persuadir, debe el orador hacer mas que convencer: porque considerando al hombre movido por muchos y diferentes resortes, se ha de dirigir á las pasiones; ha de pintar á la imaginación; y debe tocar el corazón: y por tanto, además de pruebas sólidas y método claro, ha de emplear las artes todas de conciliar é interesar.

La elocuencia no es invención de las escuelas. La naturaleza enseña á todo hombre á ser elocuente, cuando se halla apasionado: y el arte de la oratoria no hace sino seguir

las huellas, que en los hombres trazó primero la naturaleza. Cuanto mas de cerca se sigan estas huellas, tanto mas prevenidos estaremos contra los abusos de la elocuencia: y podremos distinguir mejor entre la verdadera y los sofismas de la cavilacion.

Podemos distinguir tres grados de elocuencia. El primero é infimo es, el que únicamente mira á agradar á los oyentes. Tal es en general la elocuencia de los panegiricos, y de otras arengas de esta especie. Este género puede divertir inocentemente el ánimo, y contener muchos sentimientos útiles. Pero si el orador aspira únicamente á agradar, está á riesgo de que la composicion sea lánguida y fastidiosa.

El segundo grado, mas elevado, es cuando el orador aspira tambien á informar, á instruir, á persuadir. Dentro de esta esfera se comprende principalmente la elocuencia del foro. El tercero aun mas elevado es aquel, en que el orador trata de inspirarnos sus pasiones: nos hace entrar en sus sentimientos, y nos dispone á resolver, ó á obrar con fuerza y con calor. Los debates en las juntas populares dan mucho campo á este género de elocuencia; que admite tambien el púlpito.

Observacion de grande consecuencia es, que esta elocuencia sublime nace siempre de la pasion; de aquel estado del ánimo, en que se le ha escitado é inflamado por algun objeto que tiene presente. Cuando la pasion es tal, que despierta el ánimo, y lo enciende sin sacarlo fuera de sí, exalta generalmente todas sus potencias: le comunica in-

finitamente mas luz y mas fuerza; y le penetra mucho mas. Entónces se encuentra el hombre con mas vigor: concibe mas altos designios: manifiesta sentimientos mas grandes: y los inspira con una valentia, y felicidad, de que no se creeria capaz en otra situacion. Los mas de los hombres apasionados son elocuentes: pues, por una especie de contagiosa simpatia, transmiten á otros los sentimientos vivos que experimentan. En esta simpatia se funda aquella regla de Horacio tan sabida como verdadera:

Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi.

De aqui se siguen varias consecuencias; á saber, aquel universalmente reconocido efecto del entusiasmo, ó calor de cualquiera género en los oradores públicos para mover á su auditorio: que toda declamacion muy estudiada, todo ardor afectado que manifiesta un ánimo frio y tranquilo, son incapaces de persuadir: que todas las lindezas estudiadas en el gesto, ó la pronunciacion, quitan mucho peso á lo que dice el orador: que un discurso leído mueve ménos que recitado, por tener ménos apariencias de salir de un corazon encendido: que llamar frio á un orador es decir que no es elocuente: y en fin, que es necesario creer á uno desinteresado, y apasionado al mismo tiempo, para que llegue á persuadir.

Como fundamento de otras muchas ideas principales acerca de la elocuencia en general, pasemos á considerar el estado de esta en diversos tiempos, y paises. Véase la leccion XXII.

CAPITULO II.

Historia de la elocuencia.

PARA señalar el origen de la oratoria, no es necesario subir á las primeras edades del mundo, ni registrar los monumentos de las antigüedades orientales ó egipcias. Habia entónces elocuencia de cierto género; pero se parecía mas á la poesía, que á la elocuencia; pues el estado inculto de los hombres, agitados de pasiones sin freno, y sorprendidos de acontecimientos nuevos para ellos, haria nacer el éstasis, y el entusiasmo, padres de la poesía. Además, los primeros imperios que se vieron, el asirio y el egipcio, fueron despóticos: en ellos estaban acostumbrados los hombres á una sumision ciega; y eran mas bien arrastrados á la obediencia, que persuadidos.

Hasta el establecimiento de las repúblicas de la Grecia, no encontramos vestigio alguno señalado de la elocuencia, como arte de persuadir: pero estas la dieron un campo tal, cual no le habia tenido, ni lo tuvo jamas despues.

De todas estas repúblicas la mas célebre sin comparacion en la elocuencia, como en las demas artes, fué la de Atenas. Los atenienses eran ingeniosos, vivos, y agudos; practicos en los negocios; y alicionados con las repentinas y frecuentes revoluciones que acaecieron en su gobierno. Bien se echa de ver, que en tal estado la elocuencia debia estudiarse mucho, por ser el medio mas se-

guro de alcanzar poder ó influjo. ¿Y que elocuencia? No la brillante y pomposa; sino la que por esperiencia se habia visto que era la mas eficaz para convencer, interesar y persuadir á los oyentes.

En una nacion tan ilustrada y aguda, y que atendia sobre manera á todo lo elegante en cualquiera arte, el juicio del público habia de ser acendrado. Efectivamente llegó á perfeccionarse de manera, que el gusto ático, y la manera ática, pasaron á proverbio. Gefes ambiciosos, y oradores corrompidos, deslumbraron á veces al pueblo con una elocuencia pomposa. Pero cuando algun interes importante llamaba su atencion; cuando los despertaba algun gran peligro; por lo regular distinguieron con esactitud entre la elocuencia genuina y la espuria. Demóstenes triunfó de todos sus compeditores: porque habló siempre al caso; jamás afectó una vana ostentacion de palabras; se valió de argumentos poderosos; y los propuso siempre con claridad, y por el lado que mas interesaban.

Pisistrato, contemporaneo de Solon, y el que trastornó su plan de gobierno, es, segun Plutarco, el primero que entre los atenienses se distinguió por su aplicacion á las artes de la elocuencia. De los oradores que florecieron entre este tiempo, y la guerra del Peloponeso, no se hace mencion en la historia.

Pericles, que murió á principio de esta guerra fue propiamente el primero, que elevó la elocuencia á un punto de perfeccion; del cual no pasó despues. Por espacio de cuarenta años gobernó á los atenienses con ab-

soluto imperio; y los historiadores atribuyen su influjo, no tanto á sus talentos políticos, cuanto á su elocuencia; la cual fué tan vehemente y enérgica, que se llevaba tras de sí cuanto se le ponía por delante; y le hizo triunfar de las pasiones, y afectos del pueblo. De aquí le vino el sobrenombre de Olímpico; y el decir que semejante á Júpiter tronaba cuando hablaba. Aunque vituperable por su ambicion, parece que fué generoso, magnánimo, y amante del bien público. Suidas refiere tambien, que Pericles fué el primero de los atenienses; que compuso un discurso para el público.

Despues de Pericles, y durante la guerra del Peloponeso, vivieron Cleon, Alcibiades, Cricias, y Teramenes, eminentes ciudadanos de Atenas, y señalados por su elocuencia. No tuvieron otra escuela, que la utilísima, y muy instructiva de los negocios y debates; en donde el hombre aguza al hombre; y los negocios civiles ventilados por la elocuencia, ponen en movimiento todas las potencias del alma. Su manera fué enérgica, vehemente, y concisa, hasta llegar á ser algo obscura. *Grandes erant verbis*, dice Ciceron, *crebri sententiis, compressione rerum breves; et ob eam ipsam causam interdum subobscuri.*

Aumentándose despues de Pericles la importancia del poder de la elocuencia, dió este nacimiento á una casta de hombres antes desconocidos, llamados retóricos, y á veces sofistas; que se dejaron ver en gran número durante la guerra del Peloponeso; como Protágoras, Prodicas, Trasimo, y

Gorgias leontido; que sobresalió entre todos ellos. Hermógenes nos conservó un fragmento de este último; por el cual vemos su estilo y manera. Es en extremo sutil y artificioso, lleno de antitesis y espresiones puntiagudas. No contentos estos retóricos con dar á sus discípulos reglas generales de elocuencia; profesaban tambien el arte de enseñar á hacer todo género de oraciones, y á hablar en pro y en contra de cualquiera causa. En manos de semejantes hombres se deja conocer que la oratoria habia de caer de aquel tono magestuoso que hasta allí habia tenido; y venir á parar en un arte sutil y solístico: y así los podemos tener por los primeros corruptores de la verdadera elocuencia. A estos se opuso el gran Sócrates, rebatiendo su sofisteria por un razonamiento profundo, aunque tan sencillo como suyo; y llamando la atención del abuso de la razon y del discurso, al language natural, y á las ideas sanas y provechosas.

Algo despues de este filósofo floreció Isócrates; cuyos escritos nos quedan todavía. Fué maestro de retórica: nunca se metió en los negocios públicos; ni defendió pleito ninguno; y así sus oraciones son buenas solamente para la ostentacion. *Pompæ*, dice Ciceron, *magis quam pugna aptior; ad voluptatem aurium accomodatus, potius quam ad judiciorum certamen.* El estilo de Gorgias leontino está dispuesto en sentencias breves, compuestas por lo regular de dos miembros correspondientes. El estilo de Isócrates al contrario es hinchado y lleno: y él fué el primero, segun se dice,

que introdujo el método de componer en períodos regulares, que tienen una música estudiada, y una cadencia armoniosa; manera, que llevó á un extremo vicioso. Se dice, que la gran reputacion de Isócrates movió á Aristóteles á escribir sus instrucciones de retórica: y parece, que su intento fué llamar la atencion de los oradores mucho mas á convencer y persuadir á los oyentes, que á cuidar de la cadencia y armonia de los períodos.

De este tiempo son tambien Iseo y Lisias; de quienes se conservan aun algunas oraciones. Lisias es el modelo de la manera, que los antiguos llamaban tenue, ó sutil. Es siempre y sobre manera puro y ático, sencillo y sin afectacion; pero falto de vigor, y frio en algunas composiciones. Dionisio de Halicarnaso dice, que «la diction de Lisias tiene gracia; y la de Isocrates quiere tenerla.»

Apénas conocemos á Iseo, sinopor haber sido maestro del gran Demóstenes; en quien debemos confesar, que la elocuencia brilló con un esplendor, mucho mayor que en cuantos han tenido nombre de oradores. Por lo mismo examinaremos con particularidad el carácter, y la manera de este. *Vease la misma leccion.*

CAPITULO III.

Demóstenes.

Las circunstancias de la vida de Demóstenes son muy conocidas. La ambicion que descubrió de sobresalir en el arte de hablar, el poco fruto de sus primeras tentativas, su constancia infatigable en vencer todos los obstáculos personales, el encerrarse en una cueva para estudiar sin distraccion, ir á declamar á la orilla del mar para hacerse al ruido de las juntas tumultuosas, poniéndose unas piedrecitas en la boca para corregir la pronunciacion, y colgando sobre las espaldas una espada para reformar un vicio que habia contraido, son circunstancias, que sabemos por Plutarco; y que deben animar muchisimo á los que estudian la elocuencia: porque hacen ver, de cuanto pueden servir la aplicacion y el arte para conseguir una superioridad en la elocuencia; aunque parezca, que naturaleza no ha querido darla.

Despreciando Demóstenes la manera afectada y florida de los retóricos, volvió á la vigorosa y varonil elocuencia de Pericles: y la fuerza y vehemencia son los principales caracteres de su estilo. Ningun orador tuvo jamas campo mas hermoso, que Demóstenes en sus olintiacas, y filipicas; que son sus principales oraciones. Estas son muy animadas: están llenas de impetuosidad, fuego y patriotismo: y son una série continuada de inducciones, consecuencias y demostra-

ciones fundadas en la sana razon. Las figuras, de que se vale, no son estudiadas: nacen del asunto: y estan sembradas con tal parsimonia; que lejos de señalarse sus composiciones por adornos esplendidos, la particular energia de los pensamientos es la que le distingue de todos los oradores.

La superioridad de Demóstenes se descubre principalmente, en competencia de Esquines, en la famosa oracion « por la corona. » Esquines fué su émulo, y enemigo personal; y uno de los mas célebres oradores de su tiempo. Pero sus dos oraciones son débiles en comparacion de las de aquel. Sus razonamientos acerca de las leyes son muy sutiles: pero sus invectivos contra Demóstenes son vagas y mal sostenidas. Demóstenes es un torrente irresistible: arrastra con violencia á su antagonista: pinta su carácter con los colores mas fuertes: y el mérito particular está, en que todas sus descripciones son en gran manera pintorescas. En todas ellas domina un tono de nobleza y de magnanimidad: y el orador habla con la dignidad, el nervio, y la concision, que únicamente inspiran las grandes acciones, y el patriotismo. Ambos oradores se zahieren con la mayor libertad: y la licencia ilimitada de las costumbres de entonces, y que se ve aun en las Filipicas de Ciceron, ofende á nuestros oidos.

El estilo de Demóstenes es nervioso y conciso, y á veces áspero y desnudo. Sus palabras son muy espresivas, y su coordinacion vigorosa: y aunque no carece de armonia, es sin embargo difícil encontrar en él

aquel ritmo, que con tanto entusiasmo le atribuyen los criticos antiguos. Su accion y pronunciacion, dicen, que fué muy animada. Si se puede poner alguna tacha á su maravillosa elocuencia, será que á veces es algo dura y árida. Pero este defecto desaparece á vista del admirable y magistral nervio de su robusta elocuencia; que aun hoy dia no puede leerse sin conmocion.

Muerto Demóstenes desmayó la elocuencia con la pérdida de la libertad; y volvió á caer en la manera débil que introdujeron los retóricos y sofistas. Demetrio Falereo tuvo algun carácter: pero parece que fué mas florido que persuasivo; y que atendió mas á las gracias de la elocuencia que á la sustancia de las cosas. *Delectabat athenienses*, dice Ciceron, *magis quam inflamabat*. Véase la leccion XXII. Si se quiere mayor noticia de estos oradores y de su carácter.

CAPITULO IV.

Elocuencia romana.

Los romanos fueron por mucho tiempo una nacion guerrera, enteramente ruda, y sin conocimiento alguno en las artes. Estas se introdujeron entre ellos despues de la conquista de la Grecia; y los romanos reconocieron á los griegos por maestros en todas las ciencias:

Graecia capta ferum victorem coepit; et artes intulit agresti Latio.....

Horat. ep. ad Aug.

Los romanos no tuvieron la viveza ni la sensibilidad de los griegos: y en comparacion de estos fueron una nacion flemática. Su lenguaje fué análogo á su carácter; compasado, firme y grave; pero sin la sensible naturalidad y la flexibilidad necesaria para acomodarse á toda suerte de composiciones; en lo cual la lengua griega se distingue de las demas:

*Gravis ingenium, gravis dedit ore rotundo
Musa loqui.*

Hor. ad Pis.

Así comparando las obras griegas con las latinas se verá siempre, que en aquellas hay mas ingenio, en los romanos mas regularidad y mas arte. Lo que inventaron los griegos, lo pulieron los romanos: lo uno era el original, tosco á veces é incorrecto; lo otra una copia acabada.

Aunque Ciceron en su tratado *De claris oratoribus* se esfuerza por dar alguna reputacion á Caton el mayor, y á los contemporaneos de este; reconoce sin embargo su *asperum et horrendum genus dicendi*: y hasta poco ántes de Ciceron no hicieron figura los oradores romanos. Craso y Antonio, dos de los interlocutores del diálogo *de Oratore*, fueron los que mas habian sobresalido hasta entonces, viendose sus maneras en dicha obra de Ciceron, y otras de retórica. No nos ha quedado ninguna de sus producciones; ni de las de Hortensio contemporaneo de Ciceron y su émulo en el foro: y por tanto basta referirnos á las tres obras del último. *De oratore*, *Brutus sive*

de claris oratoribus, y *orator ad M. Brutum*; que por muchos titulos merecen leerse con cuidado. Véase la leccion XXIII.

CAPITULO V.

Ciceron.

EL objeto mas digno de nuestra atencion en la elocuencia romana es Ciceron. Sus prendas como orador son sin disputa relevantes. Hay mucho arte en sus oraciones: sus exordios son regulares; y en ellos con mucha preparacion é insinuacion previene á sus oyentes; y procura grangearse su afecto. El plan es claro, y el orden de las pruebas el mas propio. Es mas claro su plan, que el de Demóstenes. Todo está en su lugar: nunca intenta mover hasta que haya procurado convencer: y es felicísimo en mover, especialmente las pasiones blandas. No ha habido escritor que conociese mejor el poder de las palabras. Camina siempre con mucha hermosura y pompa; y en la estructura de las sentencias es en extremo pulcro y esacto. Su manera en general es difusa; pero variada á veces con acierto, y acomodada al sunto. Esto se echa de ver en sus cuatro oraciones contra Catilina. Cuando algun objeto público escitaba su indignacion; dejando la manera declamatoria, á que era inclinado, se mostraba en extremo fuerte y vehemente; como contra Antonio, Verres, y Catilina.

Como son tan brillantes las bellezas de

este modelo de la elocuencia; conviene apuntar sus defectos, para no confundirlos con aquellas. Especialmente en las oraciones, que compuso en los primeros tiempos, hay mucho arte, y este encaminado al lucimiento. Visiblemente hace alarde de su elocuencia: y parece haber cuidado mas de captarse la admiracion de los oyentes, que de convencelos. En ocasiones es mas pomposo que sólido: y es difuso, cuando debiera ser conciso. No se le puede acusar de monotonía; porque sus sentencias tienen variedad de cadencia: mas por el nimio empeño de ser magnífico, es á veces enervado; y en presentándosele ocasion de hablar de su persona, se le ve lleno de sí mismo.

Estos defectos no se escaparon á la perspicacia de sus contemporaneos, y señaladamente de Quintiliano, y del autor del diálogo *de causis corruptæ elocuentiæ*. Suorum temporum homines, dice Quintiliano, *incissere audebant (eum) ut tumidiorum, et asinum, et redundantem, et in repetitionibus nimium, et in solibus aliquando frigidum; et in compositione fractum et exultantem, et penè viro molliorem*. Estas censuras fueron en parte exageradas, nacidas de la malignidad y de la enemistad personal, y de la oposicion entre los partidos de los áticos y de los asiáticos; de que dá noticia Quintiliano en el cap. x. del lib. último de sus *Instituciones*; igualmente que del partido ó estilo rodio, medio entre aquellos dos. Quintiliano concluye con esta observacion juicio-

sima. Plures sunt eloquentiæ facies; sed stultissimum est querere, ad quam recitatus se sit orator: cum omnis species, quæ modo recta est habeat usum. Utetur enim, ut res exiget, omnibus; nec pro causa modo, sed pro partibus causæ.

Sobre el paralelo de Demóstenes y Ciceron han escrito mucho los criticos: y los mas de los franceses se inclinan á dar la preferencia al último. El padre Rapin insiste para esto en una razon muy estraña. Dice, que Demóstenes no pudo tener tan cabal conocimiento como Ciceron de las maneras y de las pasiones de los hombres; porque no llegó á leer la retórica de Aristóteles, en que se descubrió este misterio: como si Demóstenes y Ciceron necesitaran de un tratado de retórica para conocer las pasiones de los hombres, y el modo de conmovellos. Del comun sentir de los franceses se separó Fernelon en sus reflexiones sobre la retórica y la poesia; que es un tratado corto, á continuacion de sus diálogos sobre la elocuencia. Son tan bellas y felices sus espresiones, que merecen copiarse. «No me detendré en decir, que Demóstenes me parece superior á Ciceron. Protesto, que no hay quien admire á Ciceron tanto como yo. Hermosea todo cuanto toca: ennoblece el habla: y hace de las palabras lo que no podria hacer ninguno otro. Posee varias suertes de ingenio. Es copioso y vehemente siempre que quiere; como contra Catilina, contra Verres, y contra Antonio. Se nota demasiado adorno en sus discursos, y un arte maravilloso; pero que es lástima se conozca. El

orador, aun pensando en salvar á la república, no se olvida de sí mismo; ni deja que lo olviden los demas. Demóstenes, al contrario, parece que se enagena, y que no ve mas que la patria. No trata de hermosear el asunto: pero lo consigue sin pensarlo. Es en extremo admirable: se sirve de las palabras como un hombre modesto se sirve de los vestidos para cubrirse. Truena; lanza rayos; es un torrente que todo lo arrebató. No se le puede poner tacha; porque á todos sobrecoge. Se piensa en las cosas que dice, y no en las palabras; se le pierde de vista; y solo se tiene presente á Filipo que todo lo sojuzga. Ambos oradores me embelezan. Pero confieso, que me mueve mas la rapida sencillez de Demóstenes, que el arte infinito de Ciceron y su magnífica elocuencia. » Véase este paralelo mas extendido en la lección XXIII.

CAPITULO VI.

Decadencia de la elocuencia romana.

DESde Ciceron quedó obscurecida la elocuencia entre los romanos; ó por mejor decir, murió con él. No hay que estrañarlo: porque se hicieron sentir luego todas las vejaciones y opresiones del poder mas arbitrario. Por algun tiempo se conservaron algunas de aquellas artes que no tienen conexion tan íntima con la libertad. Pero no podía ya hallarse aquella elocuencia varonil, que reinaba ántes en el Senado, y en los nego-

cios públicos. El lujo, la afeminacion, y la lisonja lo corrompieron todo. El foro donde se trataban ántes los negocios del mayor interés, quedó desierto; y el público no se interesaba ya en las causas particulares; como lo asegura del autor del diálogo ya citado, *de causis corruptæ eloquentiæ* en estas palabras. *Unus inter hæc et alter dicenti adsistit; et res velut in solitudine agitur. Oratori autem clamore plarusque opus est, et velut quodam teatro: quæ quæ quotidie antiquis oratoribus contigebant, cum tot ac tam nobiles forum coarctarent; cum clientelæ et tribus et municipiorum legationes periclitantibus assisterent; cum in plerisque judiciis crederet populus romanus sua interesse quid judicaretur.*

La elocuencia acabó de viciarse en las escuelas de los declamadores. *Pace vestra liceat dixisse*, dice Petronio Arbitro á los declamadores de su tiempo, *primi omnium eloquentiam perdidistis. Levibus enim ac inanibus sonis ludibria quædam excitando effecistis, ut corpus orationis enervaretur, atque caderet. Et ideo existimo adolescentulos in scholis stultissimos fieri; quia nihil ex iis quæ in usu habemus audiunt, aut vident; sed piratas cum catenis in littore stantes, et tyrannos edicta scribentes, quibus imperent filiis ut patrum suorum capita præcidant; sed responsa in pestilentia data, ut virgines tres aut plures immolentur, sed mellitos verborum globulos, et omnia quasi papavere aut sesamo sparsa. Qui inter hæc*

nutriuntur, non magis sapere possunt; quam bene olere, qui in culina habitant. Esta manera viciosa comenzó á dejarse ver en Séneca: y se observa tambien en el famoso panegirico á Trajano de Plinio el jóven; último esfuerzo de la oratoria romana.

En la decadencia de aquel imperio, la propagacion del cristianismo dió origen á una nueva especie de elocuencia en las apologías, los sermones, y las homilias de los padres de la iglesia. Entre estos los mas notables por la pureza de estilo son Lactancio y Minucio Félix. Despues de estos S. Augustín tuvo mucho fuego y energia. Pero ninguno nos presenta un modelo cabal de la elocuencia: pues segun vamos bajando, su lenguaje es áspero; y en general inficionado del amor á los pensamientos hinchados y estudiados, y al juego de palabras. Entre los griegos el que se distingue incomparablemente es san Juan Crisóstomo. Su lenguaje es puro, y su estilo muy figurado, copioso, fluido y aun patético, pero algo difuso y redundante, y muchas veces hinchado y muy trabajado. *Véase la misma leccion.*

CAPITULO VII.

Elocuencia moderna.

No teniendo que decir sobre la edad media cosa que merezca atencion particular, paso al estado de la elocuencia en los últi-

mos tiempos; conviniendo desde luego en que en ninguna nacion de la Europa se ha hecho tanto aprecio de ella, ni se ha cultivado con tanto esmero, como en Grecia y en Roma.

Los dos países, donde al parecer era mas de esperar el espíritu de la elocuencia, son la Francia y la Inglaterra; la Francia por la distinguida inclinacion de sus naturales á todas las artes liberales, y el fomento que se ha dado á estas en los últimos siglos: y la Inglaterra por el mismo talento, y por la naturaleza de aquel gobierno. Pero ni en uno, ni en otro ha llegada la elocuencia al splendor que tuvo en la antigüedad.

A pesar de la ventaja del gobierno popular de los ingleses se debe tambien confesar, que en muchas partes de la elocuencia son sin duda inferiores estos, no sola, y con mucho esceso á los griegos y romanos, sino aun á los franceses. Siempre han tenido algunos, que han figurado en los debates del parlamento pero comunmente ha sido mas efecto de su pericia en los negocios, que de su talento oratorio. En el foro cuentan tambien muchos abogados hábiles: pero pocos alegatos suyos han llegado á la posteridad, ni han llamado la atencion, como los de Patrú en su tiempo, y en los últimos los de Cochin y d'Aguesseau, citados varias veces como ejemplos de elocuencia. Pocas artes hay que esten entre los ingleses mas lejos de su perfeccion que el arte de predicar: quanto en los sermones de Bossuet, Massillon, Bourdalove y Flechier vemos que aspiraron á un genero

de elocuencia mas sublime que aquellos : y que llegaron á alcanzarlo en parte.

La diferencia característica del estado de la elocuencia entre unos y otros está, en que los franceses han adoptado ideas mal altas de agradar y persuadir ; aunque en la ejecución á veces no las llenan : y que los ingleses han tomado una clave mas baja ; aunque la ejecución has sido mas correcta. El estilo de los franceses en sus oraciones tiene figuras valentisimas ; y sus discursos estan continuados con mas amplificación, calor y vehemencia ; aunque á veces la composición es en demasia difusa, y sin la fuerza que hace triunfar á la elocuencia ; defecto en parte de su genio , llevado mas del adorno que de la substancia ; y en parte de la naturaleza de su gobierno , que quita á la elocuencia todo influjo en los negocios públicos. Aun por esto el púlpito es el campo principal, que ha quedado á la elocuencia.

Hay varias razones, para que la elocuencia moderna no haya hecho mayores progresos. El correcto modo de pensar , en que tanto estudio se ha puesto en estos tiempos, hace que estemos prevenidos contra las flores de la elocuencia ; y que sospechemos de los ardidés de la oratoria : y precisados á ser mas contenidos, que los antiguos, en las tentativas para elevar la imaginación, ó inflamar las pasiones, se amortigua acaso y apaga demasiado nuestro genio. Tambien es verosímil, tenga mucha parte en ello nuestra complexión flemática y fria. La sensibilidad y la vivacidad de los griegos y los

romanos , fueron mucho mayores que las nuestras ; y á ellas debieron la ventaja en el gusto esquisito de las bellezas de la oratoria. Tambien deben tenerse en consideración las circunstancias particulares de las dos grandes escenas de la locucion pública, juntas populares, y foro.

La elocuencia nunca fué, ni aun en el parlamento de la Gran Bretaña, un instrumento tan poderoso ; como lo fué en las juntas populares de Grecia y Roma. En el foro nos quedamos tambien muy atras de los antiguos : porque entre estos todos eran jueces ; las leyes pocas, y sencillas ; y la decisión de las causas se dejaba en gran parte á la equidad y el buen sentido : y entre los modernos es todo muy diferente.

No obstante , en el terreno que ocupa la elocuencia, admite todavía grandes mejoras : y el no haberse elevado mas se debe ántes atribuir á falta de fervor, y de aplicación, que á la de capacidad y genio. Todavía podemos ponernos á la vista los modelos de la antigüedad para su imitación ; aunque en esta debemos sin duda atender á lo que piden el gusto y las maneras del dia. Véase la lección xxiii ya citada.

CAPITULO VIII.

Diversos géneros de locucion pública.

Los antiguos dividieron todas las oraciones en tres géneros ; á saber, el demostrativo, el deliberativo, y el judicial. El fin del